



Maximiliano Ma

UNA mujer de baja estatura, de edad ya un poco avanzada, pelo blanco peinado a la antigua y un rostro afable, nos abrió la puerta. Doña Laura, señora de Martínez Moreno, nos introdujo, tras nuestra presentación, en un ordenado despacho estilo renacimiento español, donde resaltaban varias estanterías repletas de libros. A primera vista, y mientras aguardábamos la llegada de nuestro entrevistado, pudimos observar una completa colección de los clásicos castellanos, conservada en perfectas condiciones, una enciclopedia jurídica y numerosos libros de leyes. Cuadros, estatuas y otros objetos adornan el resto de un cuarto de trabajo acogedor.

Y, sin apenas darnos tiempo a recoger algunos detalles más, Maximiliano Martínez Moreno, abogado, último presidente del Ateneo albacetense, republicano ilustre, apareció con un andar de pasos quedos, seguros, como la impresión que ofrece su persona. Tras advertirnos que su vida no tiene prácticamente interés —“ya ha pasado a la historia”, nos dijo—, nos invitó a sentarnos en un cómodo butacón, al lado de la ventana que da a la calle Marqués de Villores.

Y, como si se tratase de un abuelo que cuenta mil historias a sus nietos —un abuelo que ha sufrido muchos años de cruel exilio—, comenzamos a charlar sobre una vida que ha conocido más el sufrimiento que el placer, más la incompreensión que la afectividad, más el dolor que la dicha.



—Mi despacho se nutría —dice sobre su trabajo— principalmente de cuestiones civiles, especialmente apelaciones en todo el territorio, pero también actué en lo criminal, en muchos asuntos.

Maximiliano Martínez nace en Albacete en 1899, en el mes de enero. Hijo de un relator de la audiencia, más tarde secretario de sala y presidente del Ateneo, estudió por vocación la carrera de derecho en la universidad de Murcia comenzando a ejercer a los veintidós años, justo al límite mínimo para iniciar su profesión. Fue pasante de Antonio Gotor durante algún tiempo y secretario del Colegio de Abogados.

—Yo no era un político demasiado actuante, aun cuando lo fuera de ideas. Con el advenimiento de la República se produjo algo parecido a lo que sucede en estos momentos, sobre todo entre la juventud, para la cual suponía un estímulo, un deseo de intervenir. Yo, que tenía entonces treinta y dos años, me afilié pronto a un partido republicano.

José Sánchez y Miguel Ángel Mateos Rodríguez dicen de él en su libro “Elecciones y partidos en Albacete durante la II República 1931-1936”: “Los radicales-socialistas ortodoxos presentaron a Maximiliano Martínez Moreno,

abogado y presidente del Ateneo Albacetense. Había pertenecido al reformismo melquiadista separándose de los liberal-demócratas con anterioridad a la disolución de este grupo en Albacete. Político de intachable honradez, se había distinguido por sus intervenciones en mítines electorales siempre mesurado y respetuoso con el contrario”.

—Yo había pertenecido al Partido Reformista, que presidía don Melquiades Alvarez. Muchas de estas personas luego desarraigadas, en vista de lo que fue la dictadura de Primo de Rivera, tomaron posiciones netamente republicanas. Entre ellos estaba Azafia. Yo seguí el mismo rumbo. Entré en el Partido Radical Socialista que luego se fusionó con el Radical Demócrata, que presidía Martínez Barrio, constituyéndose bajo la presidencia de este Unión Republicana. Por consiguiente, continué allí. Fue entonces cuando se me quiso presentar como candidato por un grupo de amigos y no accedí, me negué a hacerlo en 1931, en las primeras elecciones. ¿Por qué causas? Pues porque no estaba todavía dentro de los partidos republicanos que habían de triunfar, que es donde me ofrecían a mí una candidatura y, francamente, me pareció que no era de-

licado, con vistas a ese señuelo muy halagüeño, el hacer un cambio brusco de filiación política.

Cuando llegaron las elecciones del 33, un poco más animado y ya dentro del Partido Radical Socialista, fue candidato.

—Sin esperanza ninguna de triunfar porque en aquellas elecciones se había cometido la torpeza por los partidos netamente republicanos que estuvieron juntos en el primer bienio, de dividirse y, en vez de ofrecer candidatura común, ofrecimos candidaturas separadas. Los socialistas por un lado, siendo candidatos José Prat y Esteban Martínez Hervás y, por otra, Acción Republicana, que luego se llamó Izquierda Republicana, que era el partido de Azafia y presentaron a Mirasol y Vela, y Angel Yagüe y yo representando al Radical Socialista. Naturalmente, los republicanos perdimos la batalla y los socialistas también, por las minorías.

EN EL 36, MAS POSIBILIDADES

En 1936 hubo más posibilidades de éxito al presentar candidaturas conjuntas: Prat y Martínez Hervás como socialistas, Mirasol y Navarro, de Izquierda Republicana y Maximiliano Martínez por

Unión Republicana.

—Salimos triunfantes. La lucha fue refida de manera que las derechas perdieron, pero las dos candidaturas que eran de minorías, pues triunfaron en tres. Nosotros perdimos a uno de nuestros diputados, el señor Martínez Hervás.

A pesar de que Maximiliano Martínez nos cuenta todas estas cosas con un hablar lento, casi musical, a veces su conversación adquiere rapidez, como por ejemplo cuando no dice que a mediados de la guerra le nombraron consejero de estado.

—Consejero de estado— vuelve a repetir en voz más baja con la mirada perdida en el recuerdo.

Le pedimos que nos de su opinión sobre el borrador de la constitución de la Monarquía, pero nos responde que no ha leído más que unas líneas generales.

—La constitución republicana declara con mucha precisión todas las garantías de la persona humana, los derechos del hombre y establece el sistema unicameral, a diferencias de la constitución que se proyecta ahora, que ha de ser bicameral. En algunos puntos yo no estaba conforme con la republicana. La solución que dieron al problema religioso no me satisfizo: la encontré de-

masiado exagerada. Debí haberse negociado un concordato. Se hubiera llegado a menos extremos y logrado el fin que se deseaba: Qué el Estado no tenga religión —porque el Estado no es una persona, es un ente jurídico— que fuera laico, lo que no quiere decir ateo. Significa que su función es meramente temporal y esto entra dentro de la doctrina de la Iglesia. Por lo demás la constitución era magnífica ya que se ocupa de la infancia, de la mujer —le concedió el voto, que antes no lo tenía— y otras muchas cosas referentes a la declaración de derechos de la persona humana. Supongo que la nueva recogerá muchos de estos principios.

Y vuelva a recordar, haciendo gala de una prodigiosa memoria, algunos aspectos de la constitución republicana, a la que califica de avanzada cuando la compara con la anterior monárquica.

—Se estableció un principio que no estaba en la constitución anterior, que era el de la autonomía de las regiones, en donde se precisaba con bastante claridad y buen juicio el procedimiento que se había de seguir para poder conceder con garantías suficientes para el estado dichas autonomías, con objeto de que

Martínez, un hombre para la historia

fuera un sentimiento pasajero y poco formal. Se necesitaba primero que la región acordase solicitar la autonomía por medio de los ayuntamientos y con un cierto número de votos. Después era necesario un referéndum, una consulta popular, debiendo haber una mayoría elevada de dos terceras partes. Eso no era nada más que para pedirla porque eran las Cortes quienes debían de decidir.

Le preguntamos a continuación si por entonces había, de alguna manera, una conciencia, aunque fuera mínima, para formar la región manchega.

—En realidad no recuerdo que se hablara de ello. Esto ha surgido ahora con mayor vigor como consecuencia, creo yo, de que se ha excedido el rigor en el combatir las autonomías regionales, y no solamente las autonomías, sino hasta aquellas manifestaciones como la lengua, que son propias de un país. Usted sabe que con el advenimiento del régimen franquista se prohibió la lengua en catalán e, incluso, el habla. Naturalmente, la ley del

como Menéndez Pallarés, José Cezalejas, la condesa de Pardo Bazán, el escritor Benavente, el historiador Altamira, Ossorio y Gallardo del foro, Bergamín, De la Cierva, Albornoz, Ruiz Funes, Jiménez de Asúa; médicos como García Morente, Gómez Ferrer; críticos, filólogos y ensayistas como Américo Castro, San Martín y políticos como, Prieto, Marcelino Domingo, José Antonio Primo de Rivera, Angel Pestaña, Rodolfo Llopiés, José Prat y Fernando Valera. La labor a desempeñar ahora el Ateneo puede ser la misma.

Y evoca veladas musicales, recitales de poesía, las tertulias sobre diferentes temas, siempre acaloradas, las funciones de teatro, las lecturas en la completa biblioteca, los conciertos de la sinfónica, los juegos florales —en los que él ganó dos premios, aunque esto no le gustó que lo mencionásemos—, los bailes de mascaradas en carnaval cuando las chicas apenas salían de casa y, cuando lo hacían, iban cogidas del brazo de su madre. "La labor del Ateneo en algunos casos puede ser la misma, en otros puede mejo-

decir. Me pareció muy dura su represión, fue demasiado rigurosa su dictadura, que ni se pareció a la de Primo de Rivera. Era un buen militar y sus ideas le llevaron a realizar este acto. Siempre he creído que no hemos adelantado nada, absolutamente nada, y, aunque se hubiera adelantado, el precio hubiera sido demasiado caro. El progreso que puede haber existido es el de cuarenta años de progreso general en el mundo. Pienso que si hubiera estado La Pasionaria en el poder hubiera sido igual. Los países, de cualquier signo político, en este tiempo han progresado. Unos empujan a otros. Cuando aquí se mete el turismo es porque la gente tiene una vida económica más desahogada, y entran divisas y entra todo. Yo creo que sin la guerra España no estaría hoy en el orden material tan mal como está ahora.

Durante la contienda, ya en los últimos momentos, Maximiliano Martínez tuvo que residir en Barcelona, dada su condición de conserje de estado. Cuando sobrevino el derrumbamiento pasó a Francia donde vivió tres años

dades de la política, las artes y las ciencias de la República, tales como Ruiz Funes, Jiménez de Asúa, Claudio Sánchez Albornoz —con quien mantiene correspondencia en la actualidad— Martínez Barrio, Valera, Tarradellas, Leizaola y Casas. Con estos tres últimos tiene fotografías de cuando se conocieron, que nos enseña como si fueran un preciado tesoro para él. También hizo amistad con Pietro Nenni, viejo líder socialista italiano.

Le preguntamos por qué se negó a ser ministro de la República en el exilio, como le propusieron y nos contesta que por la situación familiar.

—Aquí estaban mi esposa y mis dos hijos bien considerados y quise evitar cualquier relación derivada de mi nombramiento. La guerra pasó y ya está. Algunas personas muy significadas en el pasado régimen me han abrazado en la calle y han venido a verme.

ESCRITOR

Este hombre bondadoso y honrado, un poco sordo y con los ojos



péndulo viene después con una reacción contraria donde también se exceden las peticiones. Ahora observo que van proliferando regiones que no están cuajadas todavía, a mi modo de pensar.

EL ÚLTIMO PRESIDENTE DEL ATENEO

Maximiliano Martínez fue presidente del Ateneo de Albacete en 1933 y reelegido en el 34 y 35, de modo que cuando sobrevino el golpe de estado nacionalista aún lo era. Nos cuenta emocionado las actividades que este centro de cultura realizaba por aquella época.

—Desde luego se podría decir que el Ateneo significaba la vanguardia cultural de Albacete, ya que entonces no había más que un solo instituto; tenía en ese sentido más que hacer que ahora donde hay otras muchas manifestaciones promovidas por un ministerio de Cultura. Hubo conferencias muy interesantes y jamás se hizo discriminación de orden político ni por el personal de la Junta, ni por los presidentes que alternamos de diversas ideologías, ni para los conferenciantes. Jamás se dio el caso de una nota desagradable, ninguna interrupción, ningún reproche y ninguna nota impertinente. Pasaron por su tribuna personas

rarse, concluye Maximiliano Martínez con un cierto tono de esperanza.

RECUERDOS DE LA GUERRA

—A mí me causó una gran tristeza lo que aquí pasaba y lo que sabíamos que ocurría en otros sitios. Era inevitable, por lo menos en nuestra zona, porque los actos de salvajismo que se realizaron fueron materializados por grupos incontrolados. Ahora también los hay, calcule usted en una situación de guerra en donde en una porción de meses no hubo ni fuerzas de la policía. Es penoso el recuerdo de todo aquello. En el orden profesional, tanto yo como otros abogados hicimos cuanto pudimos por atenuar todos los rigores defendiendo en los tribunales populares y luego en los jurados mixtos, con la particularidad de que en los primeros convenimos en no aceptar defensas de nombramiento para no establecer discriminación en nosotros y aceptar simplemente las que nos correspondiera en turno de oficio. Yo tuve que intervenir en cinco o seis de aquellos juicios. Ninguno de mis defendidos fue condenado a muerte. Es posible que todos vivan ahora.

—¿Qué le hable de Franco? ¿Qué voy a decirle de él? De su persona no tengo nada que

en un pueblecito sufriendo toda clase de dificultades. Invitado por el gobierno mejicano, en 1942 embarca en un buque francés hacia Casablanca y desde allí a Veracruz.

—En Méjico residí cuatro años. En Francia sobreviví dando algunas lecciones de español y recibiendo una cantidad insuficiente. En América la situación mejoró. Todos cuantos llegamos tuvimos facilidades para trabajar en lo nuestro. Allí nos ganó el optimismo al saber que los alemanes iban perdiendo la guerra: nos hizo pensar que la situación cambiaría en España. Busqué el modo de salir adelante sin meterme en el ejercicio profesional que era más arduo para lograr. En unos laboratorios franceses de medicamentos encontré colocación para asuntos de propaganda. Así pasé hasta 1946, que fue cuando regresé a París pensando que tendría mejor comunicación con la familia, que se había quedado en España. Trabajé como profesor de español en la facultad de Letras de la capital de Francia, en algo parecido a lo que aquí es la universidad a distancia y, aunque regresé a mi país en el '72, continué como profesor hasta el '76.

Durante su largo exilio, Maximiliano Martínez tuvo relaciones con importantísimas personali-

cansados, dedica algunas horas de su tiempo al ejercicio de las letras escribiendo artículos de impresiones, de recuerdos vividos en su exilio forzoso.

¿Qué si pienso editar un libro con ellos? Pues es que no confío en tener público para que me ayude, ni tampoco para pagar yo unos lujos de este tipo. Pero si me gustaría, si, tener este recuerdo porque yo cultivé el periodismo siendo joven.

Y nos cuenta entonces que siendo estudiante de bachillerato editó junto a un amigo una hoja informativa con el nombre de "El Pataco". Más adelante, cuando estudia en Murcia colabora con varios artículos en "el Liberal" y en LA VERDAD y, en nuestra capital, en "el Defensor de Albacete".

—Yo creo en la buena fe de todos los que están actuando en la política española —dice por último— la situación resulta difícil, ya que la democracia es así, y más cuando no ha tenido aprendizaje la gente. Es un momento, además, de exaltación en el que se están aprovechando otros elementos, que son simplemente gente, que les gusta el desorden. De todas formas, yo soy optimista, si bien me parece que falta en muchos políticos experiencia.

ANGEL CUEVAS

"Yo no era un político demasiado actuante, aunque lo fuera de ideas"

"El Estado no debe tener religión, lo que no quiere decir que sea ateo"

"Observo que van proliferando regiones que no están cuajadas todavía"

"El Ateneo significaba la vanguardia cultural de Albacete personas tan contrapuestas como José Antonio Primo de Rivera y Angel Pestaña pasaron por su tribuna"

"Me pareció muy dura la represión de Franco y muy rigurosa su dictadura, siempre he creído que no hemos adelantado nada en estos cuarenta años"

"Me gustaría editar un libro con mis escritos"